

**INSTITUTO SALESIANO
IÑIGO DE VARGAS LEZAMA - LEGUIZAMON**

Seminario Menor

PEDRO ABAD (Córdoba)



31 de Julio de 1964.

Queridos hermanos:

A los dos años escasos de la fundación de esta casa de aspirantado me veo en la dolorosa situación de teneros que comunicar la muerte temprana de nuestro queridísimo y joven hermano

RVDO. D. RAFAEL RIOS GUTIERREZ

El Señor tuvo a bien llamarlo en la mañana del día 30 del pasado mes de Junio, a los 28 años de edad, 12 de vida religiosa y a los 2 exactos de su primera misa solemne.

Para los hombres resultan a veces muy extraños los caminos de Dios. «Investigábiles sunt viae eius». Porque D. Rafael era ya un fruto cosechado y una gran esperanza para nuestra joven Inspectoría en el ambiente eclesial de Concilio de estos años, y de los venideros. Y cuando los hombres, hacemos cábala con los elementos humanos de que disponemos, el Señor nos detiene y nos impone su criterio, difícil de entender, y nos atreveríamos a decir, casi ilógico. Bien sabemos que no es así. La muerte de D. Rafael es un acto de fe para todos; fe en la lógica de Dios omnipotente y grande; es un acto de humildad porque nos ha demostrado demasiado bien que Dios no necesita de nosotros, aunque fuéramos del calibre de nuestro hermano difunto. Y en todos los casos es una lección a la vigilancia de las vírgenes prudentes.

El Esposo llegó un poco tarde, después de una noche de vela difícil. Pero la lámpara estaba encendida, muy encendida. Porque D. Rafael marchaba desde hacía ya mucho tiempo, con plena conciencia de cristiano y religioso hacia la casa del Padre. Ha sido sorprendido, es verdad; pero Dios lo encontró en marcha, sembrando, adentrando a las almas en los caminos que conducen al Padre. «Et in lumine tuo omnes ambulabunt».

Había nacido en Carmona (Sevilla) el 15 de Noviembre de 1,935, en el seno de una familia muy cristiana. Cursó la Enseñanza Primaria en el colegio salesiano de aquella ciudad y los cuatro años de aspirantado en las casas de Antequera y Montilla.

De esta pasó al noviciado en San José del Valle, haciéndolo con provecho y ejemplaridad. Una vez hecha la primera profesión pasó al estudiando de Utrera para cursar la filosofía. El trienio lo hizo en Córdoba, 1,954-58, y la teología en Posadas, siendo ordenado sacerdote en Lucena (Córdoba) el 17 de Junio de 1,962.

Ya sacerdote fué destinado al colegio de Córdoba, donde volvió a trabajar durante un año como maestro y asistente de los alumnos del curso preuniversitario. Y en septiembre de 1,963 llegó destinado a esta casa de Pedro Abad, con el cargo de Catequista de los aspirantes.

El mal le sorprendió estando ya a punto de culminar el curso, pasado felizmente con la satisfacción del deber cumplido y sin tener que lamentar mayores contratiempos. Fué durante la noche del 20 cuando sintiéndose molesto con dolores en el vientre el médico, sospechando apendicitis ordenó se le hicieran unos análisis de sangre, apareciendo leucocitosis que confirmaba el diagnóstico del apéndice. Se procedió a otro segundo análisis y a pesar de que este no fué tan positivo como el anterior, el doctor aconsejó se procediera a la intervención, la cual se llevó a cabo en la tarde del 23.

La operación fué algo más laboriosa de lo normal por encontrarse afectado el peritoneo (peritonitis). No obstante el enfermo se recuperó pronto, pasando relativamente bien los días que siguieron a la intervención.

Después de seis días, y ya en franca mejoría, pidió al médico algo que le fortaleciera a fin de poder asistir a la primera tanda de ejercicios que empezaría el próximo día 3 de Julio y trasladarse, cuanto antes, a Bilbao para proseguir sus prácticas y estudios de Peritaje. Y en efecto, el médico, quizá por atender su bien intencionada petición, ordenó se le aplicara el plasma sanguíneo como el mejor remedio; pero con tan contrario y pésimo efecto, que inmediatamente le puso en manos de la muerte.

Desde este momento, eran las 3 de la tarde, entró en estado de coma. Percatados de la gravedad le administraron los últimos sacramentos y se pasó aviso a los familiares y a los superiores.

A pesar de la asistencia asídua de varios doctores y la aplicación de los mas apropiados medicamentos, el querido D. Rafael no recuperó el conocimiento más que por breves momentos durante la madrugada. Entonces contestaba a nuestras jaculatorias y pareció darse cuenta de que le llegaba su última hora.

De nuevo volvió a caer en aquél estado de inconsciencia, hasta las 6'45 de la mañana, en que sin ningún gesto de dolor, con la paz de los justos en el rostro, su alma volaba al encuentro del Señor, dejando a sus padres y hermanos que le rodeábamos sumidos en el más profundo dolor.

El funeral y el entierro fueron una sentidísima manifestación de dolor y de cariño. Sus padres, hermanos y parientes venidos de Carmona, Sres. Inspectores de Córdoba

Todos los que lo conocimos sabemos algo de su espíritu de servicio, esencia de la vida sacerdotal. Éste fué el testimonio de sus superiores: «Su modestia se traslucía particularmente en un servicio eficaz y silencioso a todo aquél que recurría a él en demanda de algún servicio. ¿Quién no recuerda sus excepcionales dotes de habilísimo mecanógrafo siempre dispuesto a servir a los demás? Tal donación tenía como móvil único —me consta muy bien— precisamente su entrega a Cristo».

En aras de este servicio a Cristo colaboraba en algunas revistas juveniles, había soñado con ser periodista. Fundó las hojitas volantes de cuaresma, donde volcó las más puras esencias de su cristianismo auténtico; y sus estudios de peritaje, abiertos a una futura carrera de ingeniería, llevaban en él por móviles mayor capacitación para un servicio más eficaz.

Otra característica aleccionadora de su fecunda vida sacerdotal fué la inquietud y la insatisfacción. En vista de la gran tarea de la vocación, su servicio no lo dejaba plenamente satisfecho. Fué un hombre esencialmente preocupado. Leemos en una de sus últimas cartas. Estoy a final de curso. He trabajado bien poco con los aspirantes». Y no fué así. Su trabajo ha dejado profunda huella en la vida de nuestros muchachos y todos estamos de acuerdo en calificarlo como hombre inquieto «Con la inquietud del que vive los momentos decisivos por los que atraviesa el mundo, la Iglesia y la Congregación».

Vivía muy al vivo el sentido escatológico de la vida e inculcaba de todos modos que esta es un continuo peregrinar a la casa del Padre y que toca a los sacerdotes orientar con la palabra y el ejemplo a todos aquellos que perdieron el camino. Para mí, su devoción a la Paternidad Divina le dió un gran estilo de familiaridad.

No gustaba hablar de un Dios Señor y Dueño, sino de un Dios sobre todo Padre. Fué además un enamorado del actual movimiento eclesial. Es lo que mas recuerdan sus alumnos. Se esforzó por todos los medios en crear en ellos el «sensus Ecclesiae». Actos paralitúrgicos, certámenes sobre la Iglesia y el Concilio y su palabra viva los mantenía en este ambiente eclesial. Dentro de este marco iba infundiendo un cristianismo auténtico. Me recuerdo de unas buenas noches en que les decía: «Mis buenos amigos, es necesario que os convirtáis al cristianismo». Ellos se reían y acusaban la lección sacerdotal, porque Dios Padre no podía contentarse con un cristianismo de primera comunión. Consideraba que la gracia no solo era garantía de salvación, un traje blanco que nos pone guapo delante del Padre, sino sobre todo instrumento de edificación de la Iglesia. Y esto mismo era el sabor eclesial que había dado a su vocación, no refugio de salvación sino ofrecimiento generoso para hacer crecer a la Iglesia.

Permitidme, queridos hermanos, que os ponga como final de su carta mortuoria, los recuerdos que me propuso y se dieron a los aspirantes en los ejercicios espirituales de ese curso. En ellos juzgo que aparecen sintetizadas las esencias mas genuinas de su alma sacerdotal. Recibámoslos como su postre adiós y su legado espiritual:

«Mi cristianismo adolescente me pide:

QUE EN DIOS VEA SOBRE TODO UN PADRE. De aquí que:

pático». Y creemos que no poco le habría costado esta conquista, porque por naturaleza era enérgico y voluntarioso.

Un fruto de esta bondad de inteligencia y voluntad fueron sus clases, que a decir de sus alumnos resultaban siempre amenas e interesantes, llevadas en un estilo de auténtica familiaridad. Profesor y alumnos se bromeaban con suma facilidad.

En el trato con los aspirantes procuraba alejar toda imagen jurídica de la autoridad, esforzándose en ser sacramento de la fraternidad cristiana y de la paternidad divina.

Como religioso hizo sencillamente lo que tenía que hacer. Me atrevería a decir que no tenía el estilo de un hombre externamente piadoso. Su vida no estaba adornada de muchas prácticas devotas, pero radicalmente si lo era. Escuchemos el testimonio de uno de sus profesores de teología que lo conocía bien: «No era Rafael un clérigo de muchas prácticas de piedad, pero sí ciertamente un clérigo que deseaba servir de hecho constantemente a Cristo en el servicio incondicional a los demás». Esto mismo saco en conclusión al oír sus apuntes particulares: Que era un hombre de profunda vida interior, serio y constante en sus propósitos; apareciendo como el rasgo más característico de su vida espiritual su enamoramiento de Cristo, con la lógica de todas las consecuencias que este cristianismo le imponía.

Vivía despegado de las cosas de aquí abajo hasta el punto de no poder satisfacer los deseos de todos aquellos que me han pedido algún recuerdo suyo. Acostumbrado desde sus primeros años de trienio al ambiente de nuestros bachilleratos con jóvenes de posición preferentemente acomodada, no dudó un instante en aceptar la obediencia que lo destinaba a nuestra casa de aspirantado como catequista, porque aquí esperaba encontrar un ambiente más propicio para sus planes de vida religiosa y sacerdotal. Y más de una vez le oí decir que no añoraba lo más mínimo esas pequeñas y humanas ventajillas que había encontrado en su vida anterior.

Pero es sobre todo su vida sacerdotal la que ilumina su personalidad tan llena de sencillez y de talento.

Nuestro Ilorado hermano tenía un concepto propio de la vocación y fué consecuente con sus ideas. Con su espíritu de reflexión llegó al convencimiento de que la vocación en general tiene un sentido inverso al que frecuentemente venimos oyendo en temas de predicación y conferencias. He leído en una de sus cartas: «La idea que más le repito a estos muchachos, los aspirantes, y yo quiero creer que dará fruto, es que ellos no tienen ya la vocación sacerdotal. Cada uno tiene que formársela. La vocación sacerdotal más que llamada de Dios y aceptación del hombre, es ofrecimiento del hombre y aceptación de Dios. Por lo tanto, la virtud fundamental del seminarista es la generosidad, ya que su vida futura será un servicio desinteresado...Y desde ahora la pureza, el trabajo, la piedad...como servicio a los demás»

Y su vida fué traducción perfecta de sus propias ideas. Este fué el plan sacerdotal que vivió con todo el entusiasmo de sus años jóvenes. Y de la abundancia de su corazón iba alimentando a los aspirantes para que se esforzaran en hacer la vocación.

ba y Sevilla. Superiores y Hermanos Salesianos. Aspirantes de Pedro Abad, Antiguos Alumnos, Colegiales y Amigos, unidos todos en el dolor le acompañaron hasta depositar el cadáver en su última morada.

Descanse en paz el alma de nuestro querido D. Rafael Ríos.

La corta peregrinación de D. Rafael y la intensidad de su vida, consummatus in brevi, explevit tempora multa, nos enseña una vez más que la riqueza y fecundidad de una vida no viene dada por la edad exclusivamente, sino y sobre todo por la propia inquietud y reflexión sería en los problemas del mundo en el que se vive. Permitidme que os descubra un poco su alma para mutua edificación. Lo que podamos decir de él será muy poco, unilateral; solo Dios habrá medido con justicia y misericordia de Padre las grandes dimensiones de su corto sacerdocio. Apuntaremos algo de su personalidad humana, religiosa y sacerdotal.

Su personalidad humana fué muy rica. Creo que le hacemos justicia al calificarlo de hombre maduro. Todos hemos podido admirar su madurez intelectual, su gran capacidad para los estudios, su rápida y fina intuición para ver problemas y posibles soluciones. Sustancialmente insatisfecho no se contentaba con poco sino iba a la raíz de todo lo que le parecía vital. He aquí el juicio que uno de sus superiores me dió de él: «Rafael era un hombre que deseaba siempre ir a lo sustancial de las cosas y de los problemas, huyendo de toda superficialidad. No obstante su capacidad intelectual, que lo podría haber hecho despreocupado de los estudios hasta última hora, quería siempre descender al terreno firme de cualquier tema que estudiara».

Era además un gran amigo de los libros, en los que buscaba con ansiedad nuevos horizontes y en los que encontraba buenos y capacitados maestros que alimentaran sus inquietudes. Criterios de seriedad y madurez le hacían elegir con sumo provecho. Soñaba con buenas revistas.

Con estos deseos y estas aficiones no nos resulta extraño que supiera aprovechar fructuosamente el tiempo.

Cuantos le conocieron saben también con qué ardor y espíritu de sacrificio se entregaba a los estudios de peritaje en los meses de verano, para adquirir mayor competencia y a través de ella, una mayor incidencia en las almas.

Con todo, y a pesar de tan relevantes cualidades, lo que valora más la personalidad de nuestro hermano fué su notable modestia. «Esta modestia, nos dicen sus superiores, la tenía delante de sus compañeros de tal manera que jamás quería aparecer más inteligente, algo superior a los demás. Con frecuencia acudía a los superiores a poner sus puntos de vista o incluso objeciones; pero siempre su diálogo comenzaba con un «¿no le parece a Vd. que...? que manifestaba simultáneamente su respeto y su modestia.

Esta su modestia, condimentada con un temperamento jovial, le hacia simpático, encontrando abiertas todas las puertas de la confianza. Este mismo juicio lo he escuchado muchísimas veces de todos los que los trajeron: «D. Rafael era un hombre sim-

mi ORACION será un encuentro sentido y buscado con el Padre.

los MANDAMIENTOS no serán imposición enojosa de un Señor, sino el estilo de vida de nuestra Familia para facilitar el amor.

mi VOCACION será la aportación personal al negocio familiar.

No se me ha dado la vocación para salvarme ,sino para hacer crecer la Iglesia»

Esta fué en pocas e imperfectas palabras la figura de nuestro llorado hermano, que ha merecido el siguiente elogio póstumo de nuestro Superior Mayor Rvdmo. D. Modesto Bellido en su sentido pésame: «El Señor se ha llevado al queridísimo D. Rafael para dotar a esa casa, desde sus comienzos, de un valioso protector en el cielo»

Esperamos que su alma haya recibido el abrazo de Dios al concluir su marcha a la Casa Paterna. Y mientras nosotros profundamente doloridos por su pérdida, consideramos sus grandes lecciones heredadas de su espíritu inquieto y generoso, ofrezcamos al Señor nuestros sufragios para que Dios no demore más su triunfo definitivo.

Agradeceríamos también una oración por esta casa, esperanza de la Inspectoría, y por quién se profesa vuestro affmo. en Cristo.

Enrique Fernández

Director

DATOS PARA EL NÉCROLOGICO.—Sacerdote Rafael Ríos Gutiérrez, fallecido en Córdoba (España) el día 30 de Junio de 1964, a los 28 años de edad, 12 de profesión y 2 de sacerdocio.